

1.- Comentario a las lecturas. Los Santos Padres de los primeros siglos repetían de una manera u otra esta frase: “Cristo es la única verdad, todo lo demás es vanidad”. En el evangelio de este domingo vemos al Señor denunciar la vanidad de los escribas por un lado y, por otro, alabar la fe de la viuda. Son dos actitudes diferentes: la de los que se buscan a sí mismos y la de los que lo dan todo por el Señor. S. Agustín en su famosa obra “La Ciudad de Dios” describe muy bien esto cuando dice: “Dos amores fundaron dos ciudades: la terrena el amor propio hasta llegar a menospreciar a Dios, la celestial el amor a Dios hasta llegar al menosprecio de sí mismo”

A veces nos parecen exagerados los santos cuando hablan de sí mismos y la “dureza” con se tratan. Por ejemplo, el padre Pio decía: “El mayor delincuente del mundo es pan bendito comparado conmigo” o Santa Catalina de Siena que decía; “Soy la nada más el pecado”. En realidad, trataban de huir, a toda costa, de la tentación de la soberbia y vanagloria del mundo. A parte de que todo lo veían como Don de Dios.

Este engaño del diablo es muy refinado y si no estamos atentos se nos puede “colar” fácilmente porque hasta cuando hacemos el bien “lo estropeamos” todo por no hacerlo para gloria de Dios; y que vacíos nos deja ese pecado... Respecto a esto, cuentan de S. Juan de Ávila que cuando terminó una misa se le acercó una persona felicitándole por lo bien que había hablado en la homilía y él le dijo: “Eso mismo me decía el diablo cuando bajaba las escaleras del púlpito”.

Huyamos de la vanagloria y humillémonos sin cesar. Es el único camino para salvarnos de la soberbia que está en el origen de todos los pecados.

2.- Sugerencias para el diálogo. 1º ¿Te humillas alguna vez? ¿Piensas que eso es bueno para ti? 2º ¿Cómo interpretas las palabras del Señor: “El que se humille será enaltecido y el que se ensalce será humillado?; 3º Cuando ves la Cruz y al Señor ahí clavado ¿Qué crees que te está diciendo respecto a la humildad?

3. Oración.

Quita de mí, Señor, este corazón de piedra, quita de mí este corazón endurecido. Tu que purificas los corazones y amas los corazones puros, toma posesión de mi corazón y habita en él, llénalo con tu presencia.

Tú que eres superior a los más grande que hay en mí y que estás más dentro de mí que mi propia intimidad. Tú que eres el modelo perfecto de la belleza y el sello de la santidad, sella mi corazón por tu misericordia, oh Dios, por quien se consume mi corazón, mi lote perpetuo. (Balduino de Canterbury)